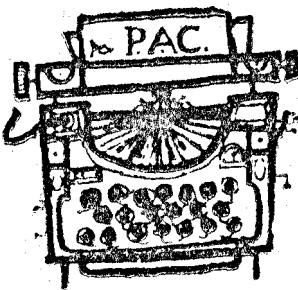


escrito a máquina

Conversación con un escritor



—Durante los días del Congreso de Escritores en Caracas, mientras comía en el hotel, se me acercó un conocido escritor suramericano de extrema izquierda y sostuvo conmigo la siguiente conversación, cuyos términos apunté esquemáticamente esa misma noche y que hoy reconstruye esperando ser fiel por lo menos en lo esencial.

—Me han dicho que tú eres de derecha.

—Era.

—Lo lamento. Tenía interés en conversar con un hombre de derecha.

—Yo vengo de la extrema derecha y según parece, o me dicen cada día voy más hacia la izquierda.

—En cambio yo vengo de la izquierda, aunque no sé a dónde voy.

—¿Qué te hace sentirte de regreso de la izquierda?

—El desengaño. He vivido y visto demasiado. Por eso quería conversar sinceramente con una persona que haya tenido la experiencia contraria. Quiero ser franco: en primer lugar estoy harto de violencia.

—Entonces, entendámonos. Yo también soy enemigo de la violencia. Yo soy cristiano y por cristiano repudio desde el fondo del ser el homicidio en todas sus formas. Pero creo que tampoco me es permitido ser un conservador del "statu quo" cuando la situación de nuestros pueblos ha llegado a tan profundo abismo de injusticia. También hay una violencia institucionalizada y feroz. Tenemos, pues, que promover un cambio, con inteligencia y pasión y por lo tanto no podemos o no puedo ser de derecha porque derecha se llama la aceptación de lo que existe, derecha se llama el desarrollo de la riqueza y no la distribución de la riqueza que es lo que un hombre que cree en el Evangelio está obligado a promover.

—Sucede, sin embargo, que la izquierda a lo que nos lleva es a la distribución de la miseria. Si se desarmen de golpe todas las estructuras actuales, si se lanza un país a una socialización radical y se suprimen todos los alicientes que mueven en su trabajo al individuo, no se suprime la explotación, te lo digo yo, sino que lo que se logra es un país gris, miserable, adocenado y sometido. Yo vengo de vuelta. He recorrido todo el mundo socialista. Yo fui un fanático y me ha costado abrir los ojos. Ahora lo que me falta es valor para proclamar mi desengaño. Tú sabes cómo está armado todo el tinglado. Lo aplastan a uno. Soy un escritor.

—Comprendo. También entre los mismos cristianos hay tinglados. También los mismos cristianos echan a los cristianos a las fieras. Pero regresar de una exageración no tiene que llevarte a otra. Regresar de un extremo para irse al otro es absurdo. También el neocapitalismo de nuestros países en desarrollo es un promotor de miseria. Se cría riqueza para unos pocos, pero también se cría miseria para todo el resto. Se hacen más ricos los ricos pero más pobres los pobres. Y, bajo una apariencia de progreso se llega a lo mismo que tú repudias al lado izquierdo: lo gris de la miseria y del sometimiento.

—No lo niego. Pero cuando uno ha puesto todo, cuando uno se ha jugado todo por algo y luego la realidad desengaña, queda como una obsesión crítica que empuja hacia el otro extremo. Cuesta recuperar el equilibrio. Además ¿tú sabes el valor que tiene el hombre para esas dictaduras o para esos partidos? ¿Tú sabes lo que significa un escritor para esas maquinarias estatales?

—No. Pero me lo imagino. Me basta ver lo que valen los derechos humanos bajo nuestras dictaduras criollas o el cero valor que tiene la dignidad humana para los prepotentes del dinero o del poder en nuestros países que se creen libres. ¿No crees tú, que si ambos venimos de vuelta nos encontramos en alguna parte?

—Es un pensamiento que ya se me ha ocurrido. Está creciendo

una experiencia nueva en América. Pero...

—Entre los escritores cada día hay más marxistas heterodoxos y más cristianos revolucionarios. Tal vez son dos acercamientos a una misma realidad.

—Yo no creo en los curas. Aunque te confieso que si el marxismo no hubiera tenido enfrente la réplica del cristianismo no sé a dónde hubiera sido llevado por sí mismo.

—Más o menos puedo decirte lo mismo del otro lado. ¿Qué esclavitud hubiera creado el capitalismo si no existiera la resistencia, aunque pobre —y aunque los curas fallen, como tú dices— del cristianismo y si no hubiera surgido la réplica del marxismo? Tú ves tu lado. Yo veo el mío. Si desapareciera de pronto Cristo y todo lo que su presencia y su doctrina significan ¿qué línea moral, qué abominable sentido de la condición humana privaría en las dos formas de "humanismo" que hoy se enfrentan en el mundo: el del Comunismo y el del Capitalismo?

—Tú parece que ves claro en el cristianismo. Yo no veo nada claro. Hay gente estupenda. ¿Conoces al obispo de Cuernavaca? También hay gente estupenda al otro lado. He conocido guerrilleros que ustedes los cristianos los hubieran canonizado. Pero ¿qué me dices de las guerrillas? ¿Crees tú que Lenin no estaría indignado con esa forma romántica de mandar jóvenes a la muerte para nada? Perdóname. ¿Qué sabes tú de Lenin? Pero mira, primero el estalinismo —que fue una vergonzosa imposición dogmática, y luego el guerrillerismo, que es un fanatismo insensato— han destruido la gran fuerza de la izquierda en América Latina. ¿A dónde vamos?

—¿No será ese desconcierto el precio de encontrar nuestra autenticidad? También en el catolicismo tú ves una crisis.

—Ya te dije que no creo en curas.

—No se trata de curas.

—Perdóname. Es un modo de hablar. Pero tienes razón. Tenemos que crear nuestra propia revolución americana. América es una maravilla. Se salta todos los esquemas de los estúpidos sociólogos. Yo he hecho labor social de campo, conviviendo con indios y campesinos ¿sabes? Hay que conocer a fondo esa América y no lanzar teorías improvisadas como el francesito ese, Debray, que nos viene a descubrir "la revolución en la revolución" basándose en una montaña de superficialidades y hablando de nuestra historia como un turista.

—No conozco a fondo las teorías de Debray pero eso que dices tú como revolucionario marxista desengañado ya lo había intuido oyendo hablar en Roma a los jóvenes africanos. Ellos también se quejaban amargamente de los teorizantes que no conocen ni por el forro la inmensa originalidad y variedad de África pero que les recetan soluciones y revoluciones de escritorio. Pero ¿no crees tú que son muchos los que han llegado, como tú, a una experiencia importante que puede dar como fruto una revisión, no menos revolucionaria pero sí profundamente enraizada en la realidad americana?

—El problema es la cobardía intelectual. En eso el intelectual europeo nos lleva una gran ventaja: es más honesto. El caso de Checoslovaquia produjo una revolución en el marxismo europeo. Entre nosotros la sumisión da asco. Los intelectuales estamos traicionando a nuestros pueblos. Ni los oímos, ni los expresamos. Sólo oímos y obedecemos consignas.

—Yo creo que eso está terminando. Reflexiona un poco sobre el panorama de América, tanto del lado marxista como del lado cristiano, y verás que hay razones para creerlo.

—Tal vez. Tú eres un opti-

mista impenitente. Yo las estoy pasando negras.

—Puede ser que mi optimismo se lo deba a mi fe.

—¡Joder con tu fe! ¿Si ustedes los cristianos están peor que nosotros!

—Siempre hemos estado peor. Pero el cristiano cuenta con el pecado. Tal vez esa es la diferencia. PABLO ANTONIO CUADRA